

cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios, que traeis las manos oliendo á vinagrillo!" Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizaron; pero, lo que él no pudo sufrir, fué el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohino, y, asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: "¡Afuera, ministros infernales! que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios." En esto, Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: "¡Viva es Altisidora, Altisidora vive!" Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: "Ahora es tiempo, ¡hijo de mis entrañas, no que escudero mio! que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera." Á lo que respondió Sancho: "Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: ¡bueno seria, que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes! no tienen mas qué hacer, sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que, para curar los males ajenos, tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, ¡por Dios, que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda!" Ya, en esto, se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: "¡Viva Altisidora, Altisidora viva!" Levantáronse los duques, y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con Don Quijote y Sancho, fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo; la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los duques y á los reyes, y, mirando de través á Don Quijote, le dijo: "Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil años; y á tí, ¡oh el mas compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para tí; y, si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias." Besóle por ello las manos Sancho, con la coraza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque, que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió, que sí dejarían; que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola, en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir, á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza, solo, que no en aquella rica estancia, acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: "¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.—¡Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga qué ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente, que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos

y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas.—Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas.—Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe.” Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que, no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuándo el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, por que no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó, pues, al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Dijole asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y cómo la duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el duque, que, si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el bachiller: partióse en su busca; no le halló en Zaragoza; pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del duque, y contósele todo, con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvía á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea: en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote, fuese loco. Con esto, se despidió del duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el duque de hacerle aquella burla: ¡tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote! y, haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo, por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que, por fuerza ó de grado, le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle; dieron aviso al duque, el cual, ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre

el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí, ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote. Altisidora, en la opinion de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla, junto á su cabecera, y, despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: “Cuándo las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero, con todo esto, sufrida y honesta; tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que, por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó, á lo menos, juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.—¡Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera! Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo: ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque, quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.—La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que, si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es, que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo defuera, por que pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué, que les servian, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que, siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí, en aquel juego, todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian.—Eso no es